

LOPE, HISTORIÓGRAFO.  
PARA UNA LECTURA DE LA  
«EPÍSTOLA A FRAY PLÁCIDO DE TOSANTOS»

VICTORIA PINEDA  
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA  
[mvpineda@unex.es](mailto:mvpineda@unex.es)

Enviado: 18/10/2016

Aceptado: 2/11/2016

**RESUMEN:** Este artículo propone una lectura de la segunda parte de la «Epístola a fray Plácido de Tosantos» que Lope de Vega incluyó en *La Circe* (1624). Dicha sección trata asuntos historiográficos y establece un canon que enfrenta a los buenos historiadores españoles con los inicios historiadores extranjeros. Se identificarán, en primer lugar, los autores citados por Lope y las razones de su inclusión en la lista. En segundo, se analizarán las cuestiones de teoría historiográfica presentadas en la carta situándolas en el contexto general de la obra de Lope.

**PALABRAS CLAVE:** Lope de Vega; *La Circe*; «Epístola a fray Plácido de Tosantos»; historiografía; Leyenda Negra; goticismo

**ABSTRACT:** This article proposes a reading of the second part of the «Epístola a fray Plácido de Tosantos» by Lope de Vega, included in *La Circe* (1624), a section that deals with historiographical matters and establishes a canon of good Spanish historians versus wicked foreign historians. Firstly, the authors Lope mentions will be identified and the reasons for their inclusion in the list will be explained. Secondly, the questions on historiographical theory that Lope tackles in the epistle will be analyzed within the context of his general work.

**KEYWORDS:** Lope de Vega; *La Circe*; «Epístola a fray Plácido de Tosantos»; historiography; Black Legend; Spanish «Gothicism»

Dos razones principales hacen de fray Plácido de Tosantos, el destinatario de la epístola de Lope que me propongo analizar, una figura conocida en su época y recordada en la nuestra. Fray Plácido tuvo fama, en primer lugar, por su elocuencia en el púlpito, que lo convirtió en uno de los predicadores más alabados del momento. En segundo, por su participación al frente de la embajada que Felipe III envió a Roma para tratar con el papa Pablo V la controversia sobre la Inmaculada Concepción. Ambas facetas quedan reflejadas en el texto de Lope, en el que la semblanza y la trayectoria vital de Tosantos se usan, en paralelo o como complemento a unas cuantas notas autobiográficas del propio Lope, a modo de hilo conductor. Esta débil línea argumental da lugar a lo que Sobejano caracterizó como «la mejor epístola poética», en la que «una persona escribe a otra, en verso y en confianza, cómo pasa la vida» (Sobejano, 1993: 17).

Pero, si bien el texto nos proporciona referencias y juicios que pueden resultar interesantes para nuestra comprensión de las figuras del emisor y el destinatario de la carta, el verdadero peso de la epístola recae en dos largos pasajes, que el propio texto define como «digresiones», que tratan el primero del amor platónico, y el segundo, de la oposición entre los buenos y justos historiadores españoles y los inicuos

historiadores extranjeros<sup>1</sup>. La epístola a Tosantos no figura entre las más estudiadas de Lope, y en las escasas ocasiones en que la crítica se ha fijado en ella, ha sido para explicar el contenido neoplatónico —y también aristotélico— de la primera de esas dos largas digresiones, mientras que la segunda ha sido casi completamente preterida, a pesar de que ocupa prácticamente un tercio del total. Esta segunda sección expone algunos asuntos historiográficos que parecían interesar a Lope y recoge una lista o canon de historiadores excelentes y otra de historiadores alevosos<sup>2</sup>. Mi intención será, entonces, apuntar algunas claves que puedan ayudar a la interpretación de esa parte menos conocida de la epístola dentro del contexto general de lo que podríamos llamar la «filosofía de la historia» en Lope. Estas claves se refieren, por una parte, a las circunstancias vitales del autor y su ideología, plasmada en la elección de los nombres que propone

<sup>1</sup> Sobre el uso de las digresiones en las epístolas de Lope, véase Sobejano (1977). Este artículo forma parte de los trabajos de investigación enmarcados en los proyectos «Antologías de discursos historiográficos desde la Antigüedad hasta el Renacimiento III» (FFI2015-64765-P) y «Edición y estudio de treinta y seis comedias de Lope de Vega» (FFI2015-66216-P). Los atinados comentarios de Gonzalo Pontón a estas páginas han permitido precisar y mejorar: mi más cordial agradecimiento por su atentísima lectura.

<sup>2</sup> De los 107 tercetos que componen la epístola, 20 tratan de las teorías del amor platónico; 34, de cuestiones relacionadas con la historia; y los otros 53 o bien son estrofas de introducción, de engarce o de conclusión, o bien contienen elementos biográficos del emisor y el destinatario. Sobre el ingrediente neoplatónico de la epístola, ver simplemente Tubau (2001). Amplíese con Presotto (2013).

para los dos cánones; y, por otra, a la localización de las principales nociones historiográficas desplegadas en el texto.

Lope ha configurado esta carta según la poética usual del género, con «capítulos de cosas diferentes, / donde apenas se engarzan las razones», según declaración que él mismo inserta en la epístola que le dirige a don Juan de Arguijo, incluida en *La Filomena*<sup>3</sup>. Otras convenciones en que este texto se hermana con los de su época y género serían el uso de los tercetos; el estilo variado; el tono a medias confesional, a medias didáctico; o el encomio de la *aurea mediocritas*, en una especie de horacianismo difuso no ajeno al de otras composiciones del autor<sup>4</sup>. En ese sentido, la epístola de Lope se ajusta de manera precisa a la descripción del «estatuto del género ... en la mente de Lope» que resumió Gonzalo Sobejano (1993: 28):

la variedad de asuntos, la débil conexión entre ellos, la libertad de estilos, la no sujeción a un solo tipo narrativo o argumentativo, el cambio de la expresión literal a la metafórica y de la teórica a la práctica, la admisión del estilo bajo y del mediano y del elevado, la mezcla de razonamiento y fábula.

<sup>3</sup> Ver Sobejano (1993). En la epístola a Juan Pablo Bonet (*La Circe*) también se incluyen reflexiones sobre el género epistolar.

<sup>4</sup> Sobre la epístola poética a comienzos de la Edad Moderna en España, ver Rivers (1954), Guillén (1995), Guillén (2000) y, en general, todos los artículos recogidos por López Bueno (2000). Sobre Lope en particular, es inexcusable el trabajo citado de Sobejano (1993).

Nada hay, pues, de peculiar o exclusivo en la carta a Tosantos en lo que a la forma se refiere. Conviene, en cambio, preguntarse cómo encaja su contenido dentro del proyecto general de la obra de Lope de Vega y cómo se explican las razones que habrían impulsado a su autor a revelar tal contenido en este momento y ante este destinatario. De los tres tipos de epístola que Sobejano localizó en la producción de Lope (según que el predominio fuera el componente moral, el familiar o el de materia literaria), la carta a Tosantos se identificaría especialmente con el primer tipo, que «tiene por finalidad exponer un ideal» (Sobejano, 1993: 35). Explica Sobejano —aludiendo pero no nombrando la epístola a fray Plácido— que «en Lope ... esas epístolas ... giran principalmente [entre otros temas] sobre el amor platónico [o] la historiografía adversa a España» (Sobejano, 1993: 35).

Lope escribió esta carta probablemente en 1622. Digo «probablemente» porque no he encontrado documentos que lo prueben a ciencia cierta. El verso primero nos indica que el autor se dirige a Tosantos cuando este acaba de ser nombrado obispo de Oviedo, pero antes de que haya tomado posesión del cargo: «Antes que os vais, señor, a vuestra Silla»<sup>5</sup>. Sabemos que Tosantos no llegó a ocupar esa sede y que fue

<sup>5</sup> Ofrezco en apéndice el texto de los tercetos comentados en este artículo, según la primera edición (*La Circe con otras rimas y prosas*, Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martín a costa de Alonso Pérez, 1624, págs. 293-297). He numerado las estrofas para facilitar la localización de las referencias. Modernizo en este y en todos los textos citados la puntuación y la ortografía, siempre que la modificación no suponga un cambio fonético.

entonces propuesto para la de Zamora, adonde marchó en la primavera de 1624. El obispo al que debía sustituir Tosantos en Oviedo era fray Martín Manso, y de él sí sabemos que dejó su puesto en 1622<sup>6</sup>. Paralelamente, un acontecimiento marca la trayectoria de Lope por esos años: la muerte de Felipe III en 1621 había supuesto, según estima razonablemente Sánchez Jiménez (2006: 72), una renovación de las «viejas ambiciones [de Lope] de conseguir una posición en la corte». Lo más probable es que tuviera en mente el puesto de cronista real. Y, si bien sabemos que «Lope había estado pretendiendo esta posición en los años 1610-1614, y luego otra vez en 1620», Sánchez Jiménez (2006: 72) ha precisado que esta vieja aspiración «reaparece con fuerza en abril de 1620 —al quedar vacante el puesto ...—, en 1621 —con el cambio de reinado y de gobierno—, y en 1625 —para el puesto de cronista real de Indias ...—». Este es el contexto en el que Lope redacta una epístola de contenido historiográfico dirigida a una persona de cierto peso en la corte, como sin duda sería Tosantos. Según ha explicado Sobejano (1993: 26), las epís-

<sup>6</sup> Tosantos «fue promovido al obispado de Oviedo, y antes de llegar las bulas, el rey le presentó para la iglesia de Zamora, donde murió a 30 de agosto del año 1624» (González Dávila, 1647, pág. 424). «El obispo [don Martín Manso] fue promovido desta iglesia [Oviedo] ... en el año mil y seiscientos y veinte y dos ... Tuvo por sucesor a don fray Plácido de Tosantos ... obispo de Guadix, electo de Oviedo, y antes de despachar las bulas le presentó el mismo Rey [Felipe IV] por obispo de la iglesia de Zamora» (González Dávila, 1635, pág. 67). Blecua (1969: 1200) estima —aunque no da su fuente— que la carta «debe de ser de fines de 1622 o principios de 1623, en que fue nombrado obispo de Oviedo, sin llegar a tomar posesión».

tolas de *La Circe* (más quizá que las de *La Filomena*) van destinadas a «personas bien situadas, próximas al poder» en un deseo de ensalzar al nuevo monarca y a su valido, y en las que Lope desarrolla su papel de «auto-configurador de sí mismo [y] púlpito de todas sus querencias, íntimas y públicas» (Carreño, 2003: xxiv). Es la misma operación que lo llevó a cambiar el perfil de los dedicatarios de sus *Partes* de comedias para pasar de los amigos y parientes a los poderosos. Como ha observado Case (1975: 141), en la *Parte XVI* (1622) «las dedicatorias ... tienen menos sustancia, comentario, y erudición que las *Partes* precedentes, pero más adulación». Por otro lado, en la *Parte XVIII* (1623) se observa un fenómeno asimismo interesante, que es que en la «selección de comedias y en el asunto de varias dedicatorias la historia, su interpretación y su papel en el teatro son temas importantes» (1975: 186).

Sin embargo, es bien conocido que las aspiraciones de Lope nunca se vieron colmadas. Como depósito de datos autobiográficos, la epístola es explícita en cuanto a los anhelos insatisfechos de su autor. En la estrofa 61 Lope confiesa abiertamente: «Yo pienso que tuviera más estima / si en su tiempo la Historia pretendiera, / aunque no la tener no me lastima». Y en la 74 repite: «dejo de buena gana la conquista / desta plaza [de cronista] de España, que otros gocen, / y desde aquí la doy a letra vista». Y todavía en la 89: «Téngala [la fama del historiador] quien quisiere». La aceptación de su

rechazo condice con la alabanza de la dorada medianía expresada en los tercetos inmediatamente posteriores a la sección historiográfica: «Mi huertecillo me dará concetos, / sacados de las frutas y las flores, / de la contemplación dulces efetos // ... // Hacen alto los años, y el alarde / de tantos pensamientos engañados, / a la vista del fin paró cobarde. // Las grandezas de prósperos estados / no son el mayor bien; si hay bien alguno, / gozaranle los menos ocupados» (estrofas 95, 97-98). Lope se presenta a sí mismo como el hombre no joven que es, desengañado por las decepciones que le han deparado la vida y los círculos poderosos, pero muy consciente de su propia valía también en el campo de la historia.

Esas, pues, serían las dos primeras claves para la interpretación de la epístola: la lucha (perdida) de Lope por alcanzar el puesto de cronista oficial y, ligada con esta, su interés por la historia y, sobre todo, por mostrarse a sí mismo ante el poder como historiador competente y avezado. Junto a este eje que podríamos considerar horizontal o sincrónico, es posible situar la escritura de la carta en otro eje vertical o diacrónico que enlazaría las preocupaciones historiográficas de Lope a lo largo de su producción. Las huellas de su pensamiento historiográfico aparecen ya en obras relativamente tempranas, como *La Dragontea* y el *Isidro*, se mantienen vivas a lo largo de los diez años siguientes, luego se atenúan, y finalmente experimentan un impulso notable en la década de los veinte del siglo XVII, sexta en la edad del autor. Parecería

que el interés de Lope por teorizar acerca de la historia se concentra fundamentalmente en dos décadas (separadas) de su vida, que coinciden precisamente con las de sus afanes por conseguir un puesto como cronista.

La mayor parte de esta teoría historiográfica se halla depositada en los prólogos a sus propias obras y, en algún caso, también a las de otros. No es este el momento de revisar cada una de esas instancias, pero sí podemos recordar que en esos paratextos aparecen explícita o implícitamente temas como el método historiográfico basado en la consulta de fuentes (*La Dragontea*, 1598, o el *Isidro*, 1599), la diferencia entre la prosa poética y la prosa historial (*La hermosura de Angélica*, 1602), las relaciones entre historia y ficción (*El peregrino en su patria*, 1604), la verdad como «primera ley» de la historia (*Triunfo de la fe*, 1618), los vínculos entre historia y teatro con el tema de la verdad de fondo (dedicatorias de comedias como, entre otras, *El príncipe perfecto, segunda parte*, *El divino africano*, *El honrado hermano*, *El capellán de la Virgen*, *La piedad ejecutada*, *Las famosas asturianas*, *La campana de Aragón*, *El serafín humano* o *Don Juan de Castro*), la naturaleza del género «relación» (*Relación de las fiestas en la canonización de San Isidro*, 1622), la *utilitas* del discurso histórico (*La hermosura de Angélica*; *Roma abrasada*, 1625), las cualidades del buen cronista (aprobación de *Vida y hechos del príncipe perfeto don Juan*, de Cristóbal Ferreira Sampayo, 1626, y *Corona trágica*, 1627) o la iniquidad de los

«historiadores extranjeros» hacia España (*Jerusalén conquistada*, 1609; *El cardenal de Belén*, 1620; *Corona trágica*).

Esta última es precisamente la cuestión que Lope va a desarrollar con amplitud en la carta a Tosantos, como ya adelanté. Para encuadrar la significación de los nombres que componen la lista conviene que antes consideremos los siete primeros tercetos de la carta, porque en ellos se encuentran referencias importantes: el origen de la Reconquista, Bernardo del Carpio y Roldán, la línea ininterrumpida «por años ochocientos / hasta Felipe Cuarto», la «sangre de Castilla» (que, por cierto, evoca la «gótica sangre» elogiada por el marqués de Santillana o la «ínclita sangre de los godos» de Diego de Valera) o, directamente, los «godos»<sup>7</sup>. Son elementos que apuntan muy claramente a la visión idealizada propia

<sup>7</sup> Los textos de Santillana y Valera se citan en Redondo (2007: 52). Es posible que el término «galígena» ('engendrado por los galos') aplicado a Orlando, sea un neologismo acuñado por el propio Lope sobre la base de algunos adjetivos latinos terminados en *-gena*; Conde Parrado (2017) ha encontrado otros semejantes, como «fenígena», en *Jerusalén conquistada*, y ha visto cómo están contruidos a partir de epítetos procedentes de la colección de Ravisio Textor. A los casos traídos por Conde Parrado podría añadirse, por ejemplo, el adjetivo «Martigenae» aplicado a los romanos (*Epitheta ... Opus absolutissimum*, Lyon, Buysson, 1593, fol. 402v). En correo privado del 1 de agosto de 2016 Pedro Conde sostiene que «es muy probable que Lope lo creara [el adjetivo «galígena»] según el modelo de otros epítetos que sí se recogen en Textor ... No obstante, el adjetivo existía y aparece en algunos textos de los siglos XVI y XVII. De todas maneras, mi hipótesis es que Lope lo creó a partir del epíteto 'Angligenae', que aparece en Textor aplicado a los ingleses (entrada 'Angli'): el calco referido a los franceses (o a los 'Orlandos', franceses por antonomasia) sería precisamente 'Galligenae'. Que Lope había revisado los epítetos para «Angli» queda demostrado porque usa uno de los cuatro que propone Textor, «Brutigenae», para aplicárselo a Ricardo Corazón de León: «brutígena Ricardo» en *Jerusalén conquistada* (Conde Parrado, 2017: 376, nota 13).

del goticismo que predominó en la historiografía hispana ya desde la Edad Media y que se fortaleció a partir del siglo XV<sup>8</sup>. En pocas palabras, se trata de una imagen «de la Hispania visigoda, unida bajo un solo monarca y bajo una única fe y que ... se ha querido presentar como algo intrínseco a la Historia de España» (González Fernández, 2008: 179). Nuestro poeta, como muchos autores de la época, abandera el estandarte del mito gótico, y en su caso particular lo que esto manifiesta no es solo convicción personal y política o tópico al uso, sino también maniobra de promoción personal<sup>9</sup>. Este va a ser el cimiento sobre el que Lope construya sus dos cánones.

El de los historiadores españoles, más nutrido, se inicia con los nombres de tres autores nacidos en la segunda mitad del siglo XVI (estrofas 62, 63 y 64): fray Prudencio de Sandoval (1552-1620), Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623) y Francisco de Rioja (1583-1659), a cada uno de los cuales

<sup>8</sup> Tate estudió, a propósito de la *Anacephaleosis* de Alonso de Cartagena, cómo la historiografía cuatrocentista se empeñó en «establecer la mayor antigüedad de la monarquía castellana, haciéndolo principalmente a base de manipular la mitología y los hechos históricos tomados de la *Historia Gothica* [de Rodrigo Jiménez de Rada] y otras compilaciones medievales» (1970: 62). Véanse también sus capítulos sobre Margarit y el resto de historiadores del siglo XV.

<sup>9</sup> «Para Maravall [*El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, [1954] 1981: 190], el mito goticista se convierte, en los siglos XVI y XVII, en elemento retórico que cultivan escritores de toda clase» (González Fernández, 2008: 186). Véase el análisis del tema que hace Redondo (2007). Ryjik (2011: 10) alude a la presencia del mito goticista en muchas de las comedias históricas de Lope, sobre todo las que tienen como tema a la Reconquista.

se le dedica un terceto. No glosaré los méritos historiográficos de Cabrera, Rioja y Sandoval, sino que intentaré conjeturar el motivo por el que Lope los coloca a la cabeza de la lista, motivo que, presumo, es una vez más autobiográfico. Es fácil comprender que Lope tendría muy presentes los nombres de Cabrera y Rioja, puesto que ambos habían estado implicados, como él mismo, en la provisión del puesto de cronista de Castilla algunos meses antes, en 1621. Como sabemos, Cabrera y Lope, junto con otros nueve candidatos, habían aspirado a dicho puesto, que fue finalmente adjudicado a Rioja, quien curiosamente no lo había solicitado. Richard Kagan (2010: 404) atribuye esta insólita decisión —era la primera vez que ocurría algo así— a la influencia del «nuevo favorito real, Gaspar de Guzmán, conde de Olivares», que confiaba en Rioja y lo protegía. Sin embargo, Kagan sostiene que el candidato «mejor cualificado y, con diferencia, el más conocido» era Cabrera, quien ya había publicado su *Historia de Felipe II, rey de España* en 1619, que es la obra a la que se refiere Lope en el segundo verso del terceto.

A la relación de amistad o al menos de cierta cercanía que unía a Lope con Francisco de Rioja (le había dedicado la epístola «El jardín de Lope de Vega», de *La Filomena*, 1621, y varios elogios que incluyó en *Jerusalén conquistada*, 1609, y años más tarde en *Laurel de Apolo*, 1630), ahora se unía la reciente designación del andaluz como cronista de Castilla, lo que posiblemente le habría dado un mayor poder del que

habría podido tener por su proximidad a Olivares, y lo habría convertido así en una figura más atractiva para quien quisiese arrimarse al círculo de los poderosos.

En el caso de Sandoval, la relación biográfica se establece directamente a través del propio Tosantos. Sandoval había sido nombrado cronista oficial en 1600, y en los siguientes quince años había publicado varias obras históricas, como la *Crónica del ínclito emperador de España don Alonso VII* en 1600, la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* en 1604 («la primera historia oficial verdadera sobre el emperador que apareció impresa», Kagan, 2010: 139) y la *Historia de los reyes de Castilla y León* en 1615. Pero además, fray Prudencio, que había muerto apenas dos años antes de que Lope escribiera la carta, había sido benedictino y obispo, como fray Plácido, y este había firmado la aprobación, como General de la Orden, para la citada crónica de Alfonso VII. Es de suponer que Tosantos vería con agrado la mención de su hermano de orden en la lista de historiadores excelentes. Sabemos que Lope conocería la obra de Sandoval porque la usó como fuente de algunas de sus comedias: Menéndez Pelayo (1949, vol. IV) asegura que *La desdichada Estefanía* le debe mucho a la crónica de Alfonso VII.

Dos estrofas más abajo, en el terceto 67, Lope alarga la lista de buenos historiadores españoles con los nombres de Rodrigo Jiménez de Rada, Alonso de Cartagena, Antonio de Nebrija y un «Girona» (ahora veremos quién es), trazando

así la estirpe de la historiografía hispana que le interesa resaltar<sup>10</sup>. La presencia del obispo don Rodrigo como cabeza de ese linaje es especialmente significativa, pues, como sabemos, su *Historia Gothica*, fuente de Alfonso X y de otras crónicas que llegan hasta finales del siglo XVI, sería la obra que «tendría más proyección» en el establecimiento del goticismo como «eje vertebrador de la identidad hispánica» (García Cárcel, 2004: 17; Tate, 1970). Herederos de esa tradición son don Alonso de Cartagena y Antonio de Nebrija. Cartagena, obispo y diplomático —servidor, por tanto, de un monarca, en este caso Juan II de Castilla— había compuesto hacia mediados del siglo XV su *Anacephaleosis o Rerum in Hispania gestarum chronicon*, obra —derivada directamente de la *Historia Gothica*— que subrayaba el mito goticista en su resumen de la historia de Castilla (Tate, 1970; Villa Prieto, 2010; Cuart Moner, 2004). Por su parte, Antonio de Nebrija, cronista real desde 1509 a pesar de «no ser primordialmente un historiador» (Cuart Moner, 2004: 93), había traducido al latín, por encargo de Isabel la Católica, la *Crónica de los muy*

<sup>10</sup> En su edición de la epístola de Lope (*Obras poéticas*, pág. 1207), Bleuca identifica al «arzobispo don Rodrigo» del primer verso del terceto con «Don Rodrigo de Tuy, el conocido historiador medieval», mezclando probablemente los nombres de don Lucas de Tuy y don Rodrigo Jiménez de Rada, que es a quien se refiere Lope. Por otro lado, sugiere que el «Antonio» del siguiente verso «se refiere seguramente a Antonio Agustín (1517-1586), autor de numerosos comentarios a clásicos y notable historiador»; me parece más correcta la identificación del nombre con Antonio de Nebrija por razones que trataré de explicar seguidamente. Por último, Bleuca reconoce ignorar «a qué historiador puede referirse Lope» con el «Girona» que aparece en el mismo verso; como veremos, se trata de Joan Margarit.

*altos y esclarecidos Reyes Católicos* de Fernando de Pulgar, «previamente limada y pulida» (Cuart Moner, 2004: 93). La obra se publicó en Granada en 1545 con el título *Rerum a Fernando et Elisabe Hispaniarum felicissimis regibus gestarum decadas duas*.

Esta edición, promovida e impresa por Sancho y Sebastián de Nebrija, hijos del humanista, aunque «poco cuidada» y «llena de errores» (Cuart Moner, 2004: 94), fue importante porque en ella se reunieron varios «textos inéditos de la historiografía hispánica» (García Cárcel, 2004: 19)<sup>11</sup>. La *Crónica de los Reyes Católicos* iba acompañada de otra adaptación latina de Nebrija, esta vez de la *Historia de la Guerra de Navarra* de Luis Correa (*De bello Navariense*), y de — atención— la *Historia Gothorum* del arzobispo don Rodrigo, la *Genealogia Regum Hispanorum* del obispo Alonso de Cartagena, y un *Paralipomenon Hispaniae*, cuyo autor aparece identificado únicamente como «Episcop[us] Gerundensis». La ausencia del nombre del autor de esta última obra —Joan Margarit, también conocido como «El Gerundense»— y la inclusión de exactamente los cuatro autores citados en el terceto que nos ocupa son indicios bastantes para conjeturar que Lope habría tenido a la vista —o al menos muy en cuenta— este volumen al escribir la epístola a Tosantos.

<sup>11</sup> Sobre Nebrija historiador véase Hinojo Andrés, con descripción bibliográfica de la edición de 1545 (1992: 20-23).

La lista se completa en los tercetos 68, 69 y 70 con los nombres de otros cinco historiadores con los que se vuelve de nuevo al siglo XVI: Gonzalo de Illescas (1521-1574), Jerónimo Zurita (1512-1580), Juan de Mariana (1536-1624), Gil González Dávila (1570 o 1577-1658) y Luis de Bavía (1563-1628).

Illescas es el autor de la *Historia pontifical y católica*, cuya primera parte se publicó en 1565 para luego ser frecuentemente reimpressa e incluso «continuada» en las décadas posteriores<sup>12</sup>. A pesar de tratarse de una historia de los papas, como manifiesta su título, una indicación de la portada sitúa claramente a la obra en la línea goticista que mencionamos antes: «*Historia pontifical* ... con más una breve recapitulación de las cosas de España y la descendencia de los reyes della, desde Alarico Primero hasta don Filipe Segundo, nuestro Señor» (cito por la edición de Barcelona, Jaime Cendrath, 1606). Es este enfoque el que, según ha escrito Augustin Redondo (2007: 50), llega a crear «una simbiosis entre el reino visigodo bien organizado, que había unificado toda la península, y la Iglesia». Illescas muestra «una profunda admiración ... hacia esos (visi)godos unificadores, apoyo de la religión católica, que podían servir de modelo a la España de Felipe II» (Redondo, 2007: 50). Su presencia en la epístola es

<sup>12</sup> Sobre la historia de la composición y publicación de las diferentes partes de la *Historia pontifical*, véase Gacto (1992).

plenamente coherente con el exordio de la misma y con la ideología que Lope desea suscribir.

El primero de los continuadores de la *Historia pontifical* fue el amigo de Góngora y de los hermanos Argensola Luis de Bavía, con cuyo nombre cierra Lope su canon de historiadores. El *Diccionario histórico* de hijos de Madrid lo presenta como «uno de los mayores historiadores que ha tenido España, venerado de todos por su virtud y letras» (Álvarez y Baena, 1790: 402-403)<sup>13</sup>. La *Tercera y Cuarta parte* de la *Historia pontifical* firmadas por Bavía fueron publicadas en Madrid en 1608 y 1613 respectivamente. Bavía fue también el traductor de la *Historia de la unión del reino de Portugal a la corona de Castilla*, de Girolamo Franchi Conestaggio, publicada en Barcelona en 1610, autor al que volveremos enseguida. No hay duda de que Lope conocía la obra de primera mano, ya que, como han demostrado los especialistas, de la *Cuarta parte de la historia pontifical* habría tomado algunos motivos para *El gran duque de Moscovia* (Van Praag, 1937), y la obra de Conestaggio —quizá según la traducción de Bavía— había dejado huellas visibles en *El bautismo del Príncipe de Marruecos* (Romanos, 1999: 187)<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Y añade: «La corona de Aragón le regaló dos fuentes grandes de plata con sus armas, por haber tratado bien de aquel reino en sus escritos».

<sup>14</sup> Menéndez Pelayo ya había advertido el parentesco entre Lope y Conestaggio (1949, vol. VI: 171). Aunque la comedia fue escrita antes de la publicación de la traducción, Felipe Pedraza «supone que, por su amistad con el Príncipe, Lope pudo haber tenido acceso a un manuscrito de la versión

Tres nombres de otros tantos cronistas oficiales completan la lista de Lope. El dominico Gil González Dávila había publicado su *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca* en 1606 buscando la obtención del título de cronista (Cuart Moner, 2004: 54), puesto que efectivamente obtuvo en 1617. Fue amigo del padre Juan de Mariana —ahora nos referiremos a él— y, al parecer, también tuvo relación personal con Lope, como muestra el hecho de que este le dedicara la comedia *Roma abrasada* (*Parte XX*, 1625), ocasión en la que le alaba «en todo grado y perfección histórica, donde se ven la verdad, la elocuencia, la exornación y el ejemplo, abrazados con armonía en la pureza de nuestra lengua»<sup>15</sup>. Asimismo en la «Silva quinta» de *Laurel de Apolo* hablaría de él en términos encomiásticos, al proclamar que la

castellana» (Romanos, 1999: 187; la referencia es a Pedraza, 1997: 139). Hoy sabemos que hubo otras traducciones anteriores a la composición de la epístola a Tosantos, como ha demostrado Casas Nadal (2007). Además, si la comedia se escribió entre 1602-1603, como propone convincentemente Pontón Gijón (2012: 799-800), y no en 1593, como se creía hasta ahora, cobra mayor fuerza la hipótesis de que Lope tuviera a su disposición, no una, sino cualquiera de las ocho traducciones del texto de Conestaggio redactadas antes del final del siglo XVI.

<sup>15</sup> Merece la pena transcribir la cita completa, porque en ella se halla una compacta y elegante definición de la historia: «A quien sabe también sus grandezas [de la historia] como sus preceptos vanamente se buscarán en la retórica que, después de la verdad, es su fundamento, si bien quiere Cicerón que sea 'vera et sincera narratio'. Dejando, pues, aparte sus escritos de V.M. en todo grado y perfección histórica, donde se ven la verdad, la elocuencia, la exornación y el ejemplo, abrazados con armonía en la pureza de nuestra lengua, pues como dijo Livio: 'Hoc illud est praecipue in cognitione rerum salubre et frugiferum, omnis te exempli documenta in illustri posita monumento intueri', etc., le debemos los que nacimos en Madrid la honra que le ha dado» (Case, 1975: 252-253).

fama de Madrid «a Gil González de Ávila se debe, / honor de la nobleza castellana» (*Laurel de Apolo con otras rimas*, Madrid, Juan González, 1630, fol. 41r). Y en la epístola «El jardín de Lope al licenciado Rioja» lo alabará como historiador: «A Gil González de Ávila en un bronce / puso la historia humana y la divina» (*La Filomena*, fol. 178).

Los dos últimos autores de la lista, Zurita y Mariana, se cuentan entre los historiadores más respetados de la época, y su presencia en la carta de Lope es casi inexcusable. La inclusión de Zurita en la epístola va acompañada de la referencia a «la corona / de Aragón». Zurita había sido nombrado cronista oficial del reino aragonés en 1547; y en 1580, secretario de Felipe II. El monarca lo leía «con gusto» antes de que empezara a «mostrarse receloso con los cronistas aragoneses» (Cuart Moner, 2004: 106). Su obra, y en especial los *Anales de la Corona de Aragón* (1578), merecieron grandes elogios de los críticos ya en el siglo XVII. Fray Jerónimo de San José, por ejemplo, sostiene que los *Anales*, «en la comprensión y disposición de las materias, en la averiguación de las cosas, en la conveniencia del método y propiedad del estilo y en todas las demás partes de una perfecta historia, pueden competir con la más célebre de las antiguas»<sup>16</sup>.

San José nombra a pocos historiadores contemporáneos, y por eso sus comentarios sobre los que sí cita cobran

<sup>16</sup> *Genio de la historia*, Zaragoza, Diego Dormer, 1651, págs. 316-317.

un relieve especial. Inmediatamente después de Zurita, San José introduce a Mariana, a propósito del cual asegura que «ninguno ha comprendido la universal narración de las cosas desta tierra como el padre Juan de Mariana en ambas lenguas castellana y latina ... Su historia es luz y honor de España en contraposición de las naciones extranjeras» (pág. 316). En Mariana la historiografía neogotocista encuentra uno de sus últimos y más insignes representantes. La amistad entre Lope y Mariana está acreditada por las expresiones de admiración y respeto que el poeta le dirige al historiador. No hay que olvidar que el jesuita había sido atacado por Torres Rámila en la *Spongia* y había estado involucrado en la *Expositulatio Spongiae* (Conde Parrado y Tubau Moreu, 2015: 26 y 339). Las pruebas que tenemos de la relación entre Lope y Mariana por los años de la escritura de la epístola son elocuentes. En 1618 Lope le dedica a Mariana el prólogo de *Triunfo de la fe en los reinos del Japón por los años de 1614 y 1615* (Madrid, viuda de Alonso Martín, 1618), que es, dicho sea de paso, uno de los paratextos donde Lope registra sus ideas historiográficas. Del verano de 1619 es probablemente una carta de Lope al duque de Sessa en que se refiere al «buen padre Mariana, insigne honor de nuestra nación» (*Epistolario IV*, pág. 43, carta 416)<sup>17</sup>. Y de 1620 son la *Parte*

<sup>17</sup> Véanse también estas cartas dirigidas a Mariana. En la 730 (*Epistolario IV*, págs. 270-271), fechada en ¿febrero? de 1620, leemos: «La inclinación que he tenido toda mi vida a las virtudes y letras de V.P., el amor con que

XIII, en la que Lope elogia a Mariana en la dedicatoria de *El cardenal de Belén* a fray Hortensio Paravicino, y la *Parte XIV*, donde aprovecha la dedicatoria de *El cuerdo loco* «para defender a la historia del padre Mariana y al libro de Tamayo de Vargas [dedicatario de la comedia] *Historia general del padre Juan de Mariana defendida ... contra las advertencias de Pedro Mantuano* (Toledo, 1616)» (Case, 1975: 88)<sup>18</sup>. La *Historia* de Mariana era demasiado política para unos; mezclaba con demasiada alegría los asuntos civiles con los eclesiásticos, según otros; o se quedaba demasiado corta en su tratamiento de esos asuntos eclesiásticos, según los terceros (García Hernán, 2004). El caso es que Lope no pierde la oportunidad para mostrar su adhesión al amigo, refiriéndose explícitamente a la polémica, como puede concluirse del verso «que la patria, si yerra, no perdona».

he leído sus libros y admirado sus acciones, merecen justamente que V.P. me admita muy de veras en el número de sus servidores y aficionados ... quiero pedir a V.P. ... dos papeles de V.P. que no hallo en cuanto he leído: uno, del modo como se debía haber un hombre de mi calidad si llegase a la gracia de su Príncipe; y otro, de la razón con que se pueda gobernar un señor en sus estados, así personalmente como con sus súbditos y vasallos, y en la administración de su justicia y segura conciencia a toda su obligación cristianamente». Y la carta 739 (*Epistolario IV*, pág. 287), de ¿abril? de 1620: «Había yo asentado en mi entendimiento que V.P. era inmortal, y que si bien los estudios, vigiliias y no mucho descanso y quietud habrían atenuado el sujeto, podían a esto y al curso de los años haber resistido las virtudes, que con la templanza dilatan la vida».

<sup>18</sup> «Aquella infinidad universal de letras [del padre doctor Juan de Mariana], graves costumbres y venerables años no admitieron menos iguales excelencias» (citado en Case, 1975: 108-109).

En suma, el elenco que proporciona Lope ofrece un recorrido por la historiografía hispánica desde el fundador de la línea que inaugura el mito goticista hasta los cronistas del reinado de Felipe IV, pasando por los de mediados del siglo XV. Los hay castellanos y aragoneses, eclesiásticos en su mayoría, y varios de ellos con lazos de amistad hacia Lope o en posición conveniente para poder apoyarlo en sus empeños profesionales.

A esta docena de historiadores españoles, que aparecen definidos o caracterizados con una notable fuerza encomiástica, Lope enfrenta una lista mucho más reducida de historiadores extranjeros. Se diría que la mengua en el número de nombres se compensa con el aumento en la fuerza del discurso vituperativo: «extraña pluma», «parcial malicia», «historia cautelosa», «por pasión, por envidia y por codicia», «Nerones bárbaros y fieros», «mercader, no coronista», «mintiendo», «artificio vil», «venenoso ragio», «trífido escorpión», «falsa historia», «el odio, el amor y la venganza» son algunas de las expresiones con que la epideíxis queda amplificada en estos tercetos. Solo dos historiadores aparecen citados por su nombre: Girolamo de Franchi Conestaggio (¿1530?-¿1617?) y Paolo Giovio (1483-1552), y se alude a otro más como «escritor en Francia».

El hiperbólico lenguaje utilizado y los autores que se mencionan hacen pensar inmediatamente en el contexto de la

llamada «Leyenda Negra» contra España<sup>19</sup>. Una vez más, Lope va con la mayoría ortodoxa, y la mayoría ortodoxa hacia tiempo que no veía con buenos ojos al «gentilhuomo genovese» que había dado a la luz las obras *Dell'unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia* en 1585 (Génova, Bartoli) y *Delle guerre della Germania inferiore* (es decir, de los Países Bajos) en 1614 (Venecia, Pinelli)<sup>20</sup>. Es bien conocido el recelo con que se recibieron la primera obra en Portugal, y la segunda en España y en general «en los estados de obediencia romana» ante una visión de la historia que implicaba «una valoración negativa de la política del Rey Católico» (Casas Nadal, 2007: 204). Fueron varias las obras que se publicaron para rebatir, atacar e incluso difamar tanto la producción historiográfica de Conestaggio «como su reputación como historiador» (Casas Nadal, 2007: 204)<sup>21</sup>.

Es posible que la fuente de los versos en que Lope habla de Conestaggio (estrofas 76 a 88) sea una página del *Filipe Segundo, rey de España*, la biografía que Cabrera de

<sup>19</sup> Véase ahora una contextualización del problema, específicamente en relación a la producción sobre todo dramática de Lope, en Sánchez Jiménez (2016).

<sup>20</sup> La identificación «gentilhuomo genovese» aparece en la portada de las dos obras citadas. Para un análisis de la recepción de Franchi en España y Portugal, véase Manupella (1957) y Casas Nadal (2007).

<sup>21</sup> Manupella (1957) comenta algunos de esos textos, entre los que incluye la epístola de Lope. Ver también López López (2102), que incorpora el informe que redactó Pedro de Valencia desaconsejando la publicación de Conestaggio en España.

Córdoba había publicado en 1619 (Madrid, Luis Sánchez), a la que aludí más arriba. La similitud de los tópicos e incluso del lenguaje empleados así parecería indicarlo. Efectivamente, todo apunta a que esta habría sido la fuente de los tercetos de la epístola que hablan de Franchi. Vemos que Lope denuncia que Conestaggio habría compuesto su obra a sueldo de «un fiero calvinista ... que le pagó muy bien lo que escribía» (estrofa 78), y en otro momento llama a este «calvinista», es decir, Guillermo de Orange, «anabaptista y luterano» (estrofa 86). Cabrera, por su parte, denuncia: «Todo poniendo al príncipe de Orange en gran figura a la buena voluntad que muestra tenerle por lo bien que le pagó» (págs. 278-279). Y más adelante: «Franchi celebra al mayor y peor de los tiranos y herejes, pues pasó de martinista a calvinista y anabaptista» (pág. 279). Lope: «y al duque de Alba, digno en verso y prosa / de ser, como lo es, eterno al mundo, / quiere quitar la palma victoriosa» (estrofa 80). Cabrera: «Al duque de Alba llama incapaz del gobierno civil, poco prudente y no aficionado al público bien ... Confiésale gran capitán y confunde la relación de sus hechos para disminución de sus vitorias» (pág. 279). Lope: «que las guerras de Flandes dilatando, / elocuente y retórico, mintiendo, / con artificio vil le está culpando» [a Felipe II] (estrofa 77). Cabrera: «Finge oraciones muy copiosas cuando quiere decir mal largamente, con elocuencia y disimulada calunnia en favor de los rebeldes ... Poderoso medio es, y tiene gran fuerza sobre los ánimos, el arte y gracia de bien

decir para guiar los corazones y voluntad del pueblo» (pág. 279, con una larga disertación sobre la fuerza de la oratoria). Lope: «La duquesa de Parma, que podía / regir dos mundos, Délbora famosa, / con invenciones reprehender porfía» (estrofa 79). Cabrera: «Escribe historia de dieciocho años, poco más o menos, y en todos condena el gobierno de la duquesa de Parma [hermana de Felipe II y a la sazón gobernadora de los Países Bajos], del duque de Alba, del comendador mayor...» (pág. 279)<sup>22</sup>.

Es posible observar también la sutileza con que Lope alude a Conestaggio en el terceto 73: la expresión «es ya mercader, no coronista» cobra un significado particular si consideramos que Conestaggio venía «de una familia de mercaderes genoveses» y que él mismo empezó siendo comerciante en Amberes (Casas Nadal, 2007: 201), por no citar la mala imagen que los genoveses tenían entre los escritores españoles desde finales del siglo XVI (Sanz Ayán, 2015: 237). El lenguaje de la estrofa 74 acentúa ese significado: Lope confiesa estar dispuesto a dar «a letra vista» la plaza de cronista de España. «A letra vista» es una expresión del lenguaje comercial, que indica «el modo de librar los comerciantes sin plazo», pero también, de manera traslaticia, «puntual

<sup>22</sup> A propósito de la elocuencia, podemos recordar también los elogios que Pedro de Valencia le dedicó a Conestaggio en el informe que preparó acerca de una posible publicación de las *Guerras de Flandes*, a pesar de que el veredicto final del informe resultara negativo: «Me parecen muy bien en cuanto al ingenio, la elocuencia y artificio del autor» (citado en López López, 2002: 585).

o inmediatamente» o «públicamente y a la vista de todos» (*Diccionario de Autoridades*).

Las técnicas de *amplificatio* permiten que solo a Franchi se le dediquen muchos más tercetos que a los doce historiadores españoles juntos. Lope completa su denuncia de las falsedades de la historia de la guerra de Flandes con una pequeña digresión en la que advierte de que «no es [esta] del Franchi la maldad primera» (estrofa 83), porque ya había publicado anteriormente la historia de la unión de Portugal con Castilla «como si fuera bárbara y estraña / la nación portuguesa» (estrofa 84). La sección sobre Conestaggio se cierra con una nueva alusión a «las grandezas de un rey tan soberano».

Tras dos tercetos (88-89) en que de nuevo Lope confiesa alivio por no ocupar el oficio de historiador, «en quien visible / se ve el odio, el amor y la venganza / ... / Téngale quien quisiere», la siguiente estrofa introduce a un «escritor en Francia» a quien no se nombra. Confieso que no puedo proponer una hipótesis definitiva para identificarlo, pues los candidatos son varios. Para empezar tenemos a Loyseleur de Villiers, el capellán de Guillermo de Orange, que fue quien escribió, junto con otros dos hugonotes franceses, Hubert Languet y Philippe Duplessis-Mornay, la famosa *Apología del príncipe de Orange*, el panfleto publicado en 1581 (Rodríguez Pérez, 2015: 140) considerado hoy como uno de los textos que dieron origen a la Leyenda Negra. Tenemos en segundo

lugar la *Historia general de España*, (1587) de Turquet de Mayerne, que, en vez de historiar, «pretendía más bien difamar» (García Hernán, 2004: 138). Tenemos también a Antoine Arnauld y Michel Hurault, cuya obra *L'Anti-Espagnol* (1598) alcanzaría notable éxito sobre todo por su traducción inglesa (Griffin, 2015). Y tenemos, por no alargar más la lista, el nombre que me ha sugerido Richard Kagan como referencia del anónimo escritor francés aludido por Lope<sup>23</sup>: Jacques-Auguste de Thou, cuyos tomos de las *Historiae sui temporis* se habían publicado entre 1604 y 1608. De Thou se había mostrado partidario de la tolerancia religiosa a propósito de las Guerras de Religión francesas y había hablado libremente de los excesos del clero católico, y por ello su obra había sido incluida en el Índice en 1609. De ser este efectivamente el autor al que se refiere la epístola, es posible que la crítica de Lope venga nuevamente filtrada por la de un autor intermedio, en este caso Mariana, quien en su *Historia general de España* habla así de De Thou:

Vino por este tiempo [1613] o poco antes a España la historia latina del presidente Thuano, gran favorecedor de herejes, y de los católicos muy contrario, en especial de los que llama jesuitas. No perdona a los papas ni a los reyes de Francia ... Tiene mentiras asaz ...

<sup>23</sup> En correo electrónico personal del 20 de mayo de 2016. Agradezco al profesor Kagan y mi colega Miguel Ángel Melón los valiosos comentarios a propósito del texto de Lope.

Más daño hace el falso católico que el hereje declarado<sup>24</sup>.

Pero, como digo, de momento se trata solo de una hipótesis.

El tercer historiador extranjero que cita Lope es Paolo Giovio, otro autor de una *Historia sui temporis*, cuyos dos tomos se habían publicado en Florencia en 1550 y 1552. Sobre todo, Giovio también fue el autor del exitoso *Commentario delle cose dei turchi*, publicado en 1537, en el que trata «on the origins and nature of Turkish power», y que era «probably the most realistic, the least moralizing, and the most informative [treatise]» de cuantos se escribieron por entonces acerca de ese tema (Zimmermann, 1995: 159). Sin embargo —o tal vez por ello, porque reconocía y estimaba la fuerza de los turcos—, se consideró que Giovio «no era muy amigo de españoles», como sostenía fray Prudencio de Sandoval, el cronista de Carlos V (citado por Kagan, 2010: 116) y que era un «aficionado a la nación turquesca», como insinuaba Jiménez de Quesada, el autor del famoso *Antijovio* (citado por Zimmermann, 1995: 122). Lope, adhiriéndose una vez más a esa línea de choque contra la historiografía anti-española, lamen-

<sup>24</sup> *Historia general de España*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1780, tomo I, pág. 924. Pero no he podido encontrar el pasaje al que se refiere Lope en que el historiador francés «niega la victoria de Pavía». Es más, al comienzo de la obra, cuando De Thou pone al lector en antecedentes de lo que quiere contar (recordemos que las *Historias* recogen lo sucedido a partir de 1546), el autor se refiere a la Batalla de Pavía, «sanglante et mémorable», y deja constancia de que Francisco I fue hecho prisionero en ella (cito por la traducción francesa publicada en Londres en 1734, pág. 30).

ta ver a Giovio «nuestra España maldiciendo, / honrando al Turco que le daba el oro, / el premio a la verdad anteponiendo» (estrofa 92), una acusación que también había lanzado Jiménez de Quesada cuando imputa a Giovio haber escrito una historia «mercenaria» (citado por Sanz Ayán, 2015: 231).

Al hilo de la lista de autores, Lope aprovecha para discurrir sobre algunas nociones historiográficas. Intentaré glosarlas, aunque sea brevemente<sup>25</sup>. La primera de ellas tiene que ver con la propia figura del historiador y su función política y social. Lope ataca aquí con dureza a Franchi por su condición de mercader de la historia y a Giovio por estar pagado por el oro del Turco, incluso cuando la plaza a la que él aspiró más de una vez y la que ocuparon varios de sus historiadores modelo es exactamente eso: la escritura de la historia a sueldo del poder, con sus obligaciones y sus peligros, a cambio de «emolumentos seguros» y la oportunidad de «estar en la corte, en contacto con príncipes y poderosos y por lo tanto con posibilidades de medrar» (Cuart Moner, 2004: 54).

Otro concepto que Lope consigue insertar en la epístola es uno que le interesaba especialmente, y es la relación entre el poeta y el historiador o, mejor dicho, la especificidad de cada uno sobre la base de la verdad o la verosimilitud. El terceto 75 dice: «Que los poetas la verdad rebocen / de cosas

<sup>25</sup> Tengo en preparación un artículo en el que desarrollo con más pormenor el pensamiento historiográfico de Lope según queda reflejado en sus paratextos.

verisímiles es justo, / y cuando no, ya todos los conocen». Ferrer (1998) ha estudiado cómo en las dedicatorias de varias comedias y en la propia práctica de su escritura teatral Lope parece caminar por la delgada línea que separa la historia de la ficción. Como es un tema conocido, me limitaré a señalar algunos otros paratextos menos analizados en este contexto. El tema de las relaciones entre historia y poesía es abordado en la epístola dedicatoria de la *Segunda parte de las rimas* dirigida a don Juan de Arguijo (*La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas*, Madrid, Pedro de Madrigal, 1602), donde Lope define a la «prosa poética» en oposición a la «historial», porque aquella «guarda su estilo» (fol. 243v). Esto no impide, sin embargo, que esta —la historial— pueda adornarse con las galas de aquella, y, de hecho, sostiene Lope, «la *Arcadia* es historia verdadera, que no pude adornar con más fábulas que las poéticas» (fol. 244v). Lope está introduciendo aquí la posibilidad de combinar la historia y la poesía o, en otras palabras, la historia y la ficción, idea de la que sacará máxima rentabilidad sobre todo en sus comedias. Lope vuelve sobre el asunto de los géneros poéticos en relación a los históricos al comienzo del libro IV de *El peregrino en su patria* (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604). «A la historia ninguno le niega que la verdad sea su fundamento» (fol. 170r), nos dice Lope, y también: «las [cosas] que no tienen apariencia de verdad no mueven». Y aunque a la «licencia de la poesía» contrapone claramente «la verdad de la historia» (fols.

170r-170v), lo cierto es que al fin y al cabo el discurso de Lope va encaminado a justificar la inclusión de cosas fabulosas en la propia historia de su peregrino: «El ir suspenso el que escucha, temeroso, atrevido, triste, alegre, con esperanza o desconfiado, a la verdad de la escritura se debe, o a lo menos que, no constando que lo sea, parezca verisímil» (fol. 170v)<sup>26</sup>. También en el prólogo a *Jerusalén conquistada. Epopeya trágica* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1609) desarrolla Lope la idea de las relaciones entre historia y poesía: «A Homero — escribe— le conviene como a poeta engrandecer la guerra de los griegos más de lo que había sido, pero a Tucídides le pusieron sus ciudadanos una estatua con una lengua de oro por la verdad con que escribió la historia» (fol. ¶¶¶4r). El poeta «engrandece» la verdad, el historiador es valorado por atenerse a ella. Se trata de géneros diferentes y la diferencia entre ellos reside en su tratamiento de la verdad. Sin embargo, parece decirnos Lope, puesto que lo que él escribe es poesía, no puede acusársele de faltar a la verdad si procede como poeta. Por si cupiera alguna duda, afirma haber con esto «respondido a alguna objeción tácita de los que miran la poesía como historia» (fol. ¶¶¶¶1r).

La tercera noción historiográfica presente en los tercetos de la epístola es la incompatibilidad entre verdad histórica

<sup>26</sup> Compárese con lo que dice a propósito de *Jorge Toledano* en su dedicatoria a la comedia: «Parte es historia; de lo verisímil, lo que constituye el poeta» (Case, 1975: 182, con la puntuación modificada).

y elocuencia. A pesar de que Cicerón dejó establecida para la posteridad la idea de que la historia es un «opus ... oratorium maxime» (*De legibus* I.5) y de que todos los autores de *artes historicae* desde Luciano de Samósata en adelante han intentado dar consejos sobre cómo debe escribirse la historia para que resulte (también) persuasiva, una corriente más escéptica ha mostrado su desconfianza de que la verdad pueda ir de la mano de la elocuencia y ha sospechado que el ornato es síntoma de ignorancia o de perfidia. De hecho, como digo, el criterio que a Lope le sirve para enfrentar a los historiadores españoles con los extranjeros es precisamente ese: los extranjeros representan «la elocuencia extraña [que] / adorna sus mentiras historiales, / con cuyo afeite la ignorancia engaña» (estrofa 65), mientras «que nuestra verdad, nuestros anales / alaban si fue justo al enemigo, / y que en toda ocasión están neutrales» (estrofa 66). Y a Conestaggio lo acusa, como vimos antes, de haber escrito su historia «dilatando / elocuente y retórico, mintiendo, / con artificio vil» (estrofa 77).

Es muy interesante el uso de la terminología «técnica» aquí: sin llegar a explicitarlo, Lope está oponiendo la «historia» a los «anales», curiosamente en favor de los anales. La distinción clásica entre historia y anales procede de Aulo Gelio (*Noctes Atticae* 5.18), fue recogida en el siglo XV por Calpurnio (*Vocabularius*, s.v. «Annales») y a comienzos del XVI se popularizó también a través del comentario que Jodocus Badius Ascensius puso a su edición de las obras de Salustio,

publicada por primera vez en 1504 (Pineda, 2012). La distinción fue empleada por no pocos historiadores para enmarcar su trabajo: un ejemplo es Esteban de Garibay, cuyos *XL Libros del compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España* (Amberes, Plantino, 1571) comienzan con un prólogo en el que el autor aclara que los anales narran «más breve y sucintamente que la historia» (citado por Cuart Moner, 2009: 98).

Lope no está solo en estas denuncias. Gonzalo Fernández de Oviedo, por recordar un antecedente, afirmó en el capítulo sobre las cualidades del buen cronista que incluyó en el *Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan* que el cronista «debe escribir no tanto arrimándose a la elocuencia e dulzura de las palabras ni contentamiento de las orejas del público e ornamento retórico, cuanto a la medula, puridad e valor de la verdad, llanamente e sin rodeos ni abundancia de palabras»<sup>27</sup>.

Pues bien, Lope aprovecha esa distinción, que con toda seguridad no le sería desconocida a Tosantos, para mostrar sus recelos sobre la historia elocuente. Vuelve a retomar ese mismo asunto cuando a propósito de Conestaggio diga que ha escrito su historia «dilatando / elocuente y retórico, mintiendo, / con artificio vil» (estrofa 77), como hemos comentado.

<sup>27</sup> Puede verse el texto en la edición de Fabregat Barrios (2006: 162-163); la cita, en pág. 162.

La cuestión puede adquirir tintes ideológicos e incluso religiosos: es significativo que al historiador elocuente que cita Lope se lo presenta a la vez como «heresiarca» (estrofa 93). La relación entre ambos aspectos, elocuencia y herejía, aparece tratada explícitamente en la obra *De iusta haereticorum punitione* de Alfonso de Castro (Salamanca, Juan de Junta, 1547), donde el autor advierte contra los peligros de las galas retóricas. Castro equipara buen estilo con sospecha de heterodoxia, porque ha observado que en los libros de los gentiles y profanos luce a menudo una elocuencia que refuerza su carácter nocivo.

Otro testimonio es el de fray Domingo Báñez, dominico, quien inserta en sus comentarios a Santo Tomás (*Scholastica commentaria in primam partem ... Thomae*, Roma, apud Iacobum Ruffinellum, 1584) una «Meditatio de optimo stylo», en la que amonesta que es necesario abstenerse «ab eloquenti ornataque oratione» y optar por la sencillez, la brevedad y la claridad (fol. a8). Ya su maestro Melchor Cano se había justificado de la «afectada suavidad» del estilo de su tratado *De locis theologicis* diciendo que había tenido que emplear los colores retóricos porque su obra iba dirigida a otras «exteribus nationibus», y en consecuencia era mejor usar el manto de la elocuencia, en que tanto se deleitaban aquellas naciones, para envolver en él la ortodoxia católica. Incluso se ha señalado que la «crítica al verbosismo» fue una de las «corrientes culturales» características de la época de

la penetración del erasmismo en España (Andrés Martín, 1986: 76-77).

Aunque ni Castro ni Báez están se refiriendo específicamente a la escritura de la historia, no cabe duda de que en determinados ambientes u ocasiones el adorno retórico podía producir desconfianza. Los contemporáneos de Lope eran muy conscientes de ello, como muestra la reflexión de Cabrera de Córdoba, que juzga a los historiadores españoles

si no muy elocuentes, diligentes inquiridores y trabajadores en rastrear, hallar, desenvolver, desenredar y sacar entre tantos monumentos montones de huesos, armas, despojos y de los fragmentos y zaleos de libros y papeles que dejó el tiempo voraz y consumidor, satisfaciendo al odio, a la invidia y a la ingratitud del olvido, infinitos casos prodigiosos, hechos notables, grandes en boca de los enemigos, pues entre sus alabanzas nos dan buena parte de la gloria, en la que para sí toman de las comunes hazañas. Es cierto, historiaron con más verdad que ornamento (*De historia, para entenderla y escribirla*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, fols. 105v-106r).

Añadiremos para terminar esta lectura de la carta a Tosantos que no es esta la primera ocasión en que Lope deja constancia de su parecer sobre varios historiadores. Más de diez años antes, en el prólogo a *Jerusalén conquistada. Epopeya trágica* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1609), Lope había manifestado su «ánimo de servir» a la patria, «tan ofendida siempre de los historiadores extranjeros» [fol. ¶¶1v]. El prólo-

go menciona a varios de estos «historiadores extranjeros», aunque no como muestra de su animosidad hacia España, sino para explicar hasta qué punto, incluso siendo testigo de vista, el historiador puede cometer fallos (aquí trae a Giovio) y para subrayar que el historiador debe ser inmune a los afectos (aquí menciona a Guicciardini, con cita textual de las *Políticas* de Lipsio)<sup>28</sup>.

Igualmente, en la dedicatoria de *El cardenal de Belén* a fray Hortensio Paravicino (*Parte XIII*, 1620) Lope llama a Traiano Boccalini «ignorante maldiciente» por haber escrito que «el Gran Capitán Fernando González de Córdoba no merecía llamarse grande», y a él contrapone a Antonio de Porras, quien supo responderle «docta y bastantemente» (Case, 1975: 64)<sup>29</sup>. Junto a Porras, Lope ensarta una lista de

<sup>28</sup> Junto a estos dos, vemos nombrados en el prólogo a no pocos historiadores antiguos y modernos: Nicetas Choniates, Bartolomeo Sacchi (Platina), Johannes Nauclerus, Pedro Mexía, Amaro Centeno, Vicente Roca, Gilbert Générard, Michael Riccio, Gaspare Burgato, Francisco Tarafa, Matteo Palmieri y Gonzalo de Illescas componen la lista de autores que Lope aduce para justificar por qué él introduce a Alfonso VIII como protagonista de la Tercera Cruzada, que es precisamente el punto en el que su obra se desvía de las fuentes (Wright, 2004: 590). La auto-justificación de Lope ocupa una buena parte del prólogo, en que a la vez se refutan las posibles objeciones que la *Jerusalén* pudiera cosechar por parte de «los muchos que se dan en este tiempo a la lección de las historias» (fol. ¶¶1v). Giovio también aparece, siempre en términos negativos, en la dedicatoria de *La campana de Aragón* (*Parte XVIII*, 1623) y en la «Epístola al contador Gaspar de Barrionuevo» (*Rimas*, 1604).

<sup>29</sup> La referencia es al volumen titulado *Elenco contra il Boccalini, nel quale si prova que Consalvo Fernandez di Cordoba meritamente hebbe il titolo di gran capitano* (Venecia, Tomaso Baglioni, 1618) y firmado por «Pietro Sandorano», anagrama de Antonio de Porras. En *La desdicha por la honra*,

autores religiosos (entre los que nombra a Tosantos) y de historiadores de su época, con nombres que repetirá en la epístola de *La Circe*:

¿Por qué ha de perder la historia del Padre dr. Mariana, de Alonso López de Haro, de Luis Cabrera de Córdoba y Gil González de Ávila, del valor que las han de dar los futuros siglos por haber nacido en este? (Case, 1975: 65).

Es posible que con esta defensa de los contemporáneos Lope esté respondiendo a posturas como la de Jean Bodin, quien en la *Methodus ad facilem historiam cognitionem* (1566) «aconsejaba que los historiadores que aspirasen a escribir una historia ‘veraz’ centrasen su atención en las épocas más antiguas y no en su propio tiempo» (citado por Kagan, 2010: 151). Esta recomendación fue recogida, entre otros, por Luis Cabrera de Córdoba, quien dice no traer «a juicio a nuestros historiadores españoles» (*De historia, para entenderla y escribirla*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, fol. 105v), aunque, en realidad, Cabrera cumple su propia palabra

incluida en *La Circe* y dedicada —igual que el volumen general— a Olivares, oímos en boca del narrador: «un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podía su poca autoridad en un libro llamado *Raguallos del Parnaso* el nombre que no le pudieron negar [al Gran Capitán] hasta las naciones bárbaras» (fols. 113r-113v). Testigos casi contemporáneos de la inquina que muestra Lope hacia Bocalini son otras composiciones poéticas, como los sonetos «A los *Raguallos* de Bocalini, escriba de sátiras» y «Dijo el Bocalino que un español que mató un italiano en desafío no traía camisa», ambos publicados en *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* (1624).

solo a medias, ya que, aunque sin aplicar juicios genéricos, cita como fuentes los escritos de, entre otros, Galíndez de Carvajal, Nebrija, Pulgar, Mauro Ferrer o Rades de Andrada.

En otra dedicatoria del mismo 1620, esta vez a su hijo, Lope vuelve a proporcionarnos una lista de autores modelo para mostrar que la excelencia se halla también en la lengua española y no solo en la latina<sup>30</sup>. Los nombres propuestos como ejemplo son los de Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, fray Luis de Granada y los de las «historias» que escribieron «fray Fernando del Castillo, fray Agustín de Ávila, el padre Ribadeneira, el doctor Mariana y otros excelentes ingenios» (*El verdadero amante, Parte XIV*, 1620; Case, 1975: 104)<sup>31</sup>. Sea en cuanto modelos de lenguaje y estilo (según la dedicatoria de *El verdadero amante*), sea en cuanto ejemplos

<sup>30</sup> En líneas dirigidas a otro joven, Lope recomienda le la lectura de «los filósofos e historiadores, y tal vez de los poetas» para su formación personal y cívica (dedicatoria de *El desposorio encubierto* a Jacinto Piña, *Parte XIII*, 1620; Case, 1975: 73).

<sup>31</sup> Fray Fernando es autor de la *Historia general de Sancto Domingo y de su orden de Predicadores*, cuyas primera y segunda partes habían salido publicadas en Madrid y Valladolid en 1584 y 1592 respectivamente; fray Agustín Dávila había publicado en México la *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la orden de Predicadores* en 1593; de Pedro de Ribadeneyra habían visto la luz diversas biografías de varios jesuitas, así como la historia del cisma de Inglaterra; de Mariana ya hemos hablado. Vemos que a los Luises agustino y dominico acompañan dos historiadores también dominicos y dos jesuitas. A pesar de la controversia de *auxillii* que desde décadas antes enfrentaba a estas órdenes sobre las relaciones entre libertad y gracia, Lope parece haber tenido buenas relaciones con ambas (recordemos el intercambio de cartas con el dominico padre Mendoza sobre los documentos que le servirían de fuente para el *Isidro*). Sobre esta dedicatoria véase Aranda (2009).

de ingenios vivos a los que merece honrarse (dedicatoria de *El cardenal de Belén*), los elogios de Lope a varios historiadores patrios nos hablan de un tipo de elección no gratuita, que, como hemos visto, volverá a reflejarse en la epístola a Tosantos.

Por último, un comentario del prólogo a *Corona trágica* es también de interés para nosotros por cuanto enlaza asimismo con dos de los propósitos de la epístola a fray Plácido, relacionados entre sí: por una parte, el registro de la invectiva contra los historiadores falaces e interesados y, por otra, la matización de los rasgos no ya del buen historiador, sino del buen cronista a sueldo de palacio. Merece la pena anotar la cita por entero:

Solo debo advertir a los que saben lenguas ... que si acaso llegaren a sus manos en la latina, sajónica o antigua británica algunos libros atrevidos a esta ilustrísima señora y inculpable reina, no les den crédito, conociendo el peligro de las falsas historias, que tanto daño han hecho a los reyes y reinos como provecho las verdaderas, y de autores que tomaron la pluma con el ánimo más cándido que el papel en que las escribieron, porque también son las plumas como las varas, que, en no teniendo por objeto a la verdad, las tuerce el miedo, las vence el amor, las engaña el interés y las ciega y derriba el aborrecimiento. Los libros que digo los escribieron herejes, que, siendo sacerdotes, se casaron, satíricos embusteros y expulsos de las religiones. Letras que el vino y el juego entorpecieron, y, como ligeros de manos para los hurtos, así para los falsos testimonios, pues, ¿qué crédito merecen?

Finalmente, quien escribe contra su rey y señor natural, sea prosa o verso, es alevé, traidor, indigno y incapaz de las honras civiles y militares, y, por secreto que sea, queda infame para consigo mismo, y más si fuese pagado, como Jorge Bucanano de Isabel de Ingalaterra<sup>32</sup>. Culpa grande en los príncipes no inquirir con riguroso examen las costumbres de los coronistas, para que no lo sean tan indignos hombres (fols. [¶7r-¶7v]).

El lector no puede sino interpretar estas últimas líneas en clave irónica a la vista de las posibles razones por las que a Lope le fue siempre negado el cargo de cronista real, porque si una cosa pudo llevar a gala, fue el no haber traicionado nunca los intereses de la monarquía española<sup>33</sup>.

Con su lectura superficial —aunque nunca ingenua— y un conocimiento extenso —si no profundo— de los autores que cita, Lope es capaz de sintetizar un conjunto de saberes recibidos y encauzarlos en la dirección que más le interesa. Muy aficionado a confeccionar listas, el elenco de historiadores que propone como canon personal lo coloca a él mismo

<sup>32</sup> Se refiere al historiador, poeta, dramaturgo y pensador escocés George Buchanan, que se convirtió al protestantismo y pasó de tener unas excelentes relaciones con la reina María Estuardo a ser uno de su más firmes detractores (Erskine y Mason, 2016: 2-3).

<sup>33</sup> Visto desde esta perspectiva cobra un sabor igualmente amargo la declaración que unos años antes Lope había vertido sobre el cronista en la dedicatoria de *La piedad ejecutada*: «Que aunque es verdad que no merecen nombre de coronistas los que escriben en verso, por la licencia que se les ha dado de exornar las fábulas con lo que fuere digno y verisímil, no por eso carecen de crédito las partes que le sirven a todo el poema de fundamento» (*Parte XVIII*, 1623; Case, 1975: 201).

en una estirpe con la que se quiere emparentar, consciente de que el histórico es uno de los géneros a través de los que el poder ejerce su influencia desde una posición privilegiada. El suyo es un canon que, como todos, excluye a la vez que incluye, y es también un canon reaccionario, que no sugiere modelos alternativos ni cuestiona los valores asentados. Si queremos encontrar algo de inconformismo en Lope, quizá habría que buscarlo precisamente en la postura personal de una figura absolutamente central en otros campos, pero periférica en este, en un momento en que «la Historia», siempre tan esquiva con él, parecía querer abandonarlo definitivamente.

## APÉNDICE

Antes que os vais, Señor, a vuestra Silla, puesta en el trono de la gran Montaña, defensa de la sangre de Castilla,	1
donde los pocos godos que en España de la africana inundación quedaron, que del mortal poder nos desengaña,	2
sagrado ilustre en su esperanza hallaron con las reliquias santas y ornamentos, que donde agora están depositaron,	3
de quien después por años ochocientos hasta Felipe Cuarto no ha tenido seguros sus antiguos fundamentos	4
(más gloria de su padre esclarecido que cuantas los Alfonsos y Fernandos sacaron de las manos del olvido)	5
desde que estuvo repartida en bandos, aunque nuestros Bernardos Montañeses no temieron galígenas Orlandos,	6
quedando del furor de los franceses teñido el valle (hoy monte) de los fieros huesos, que aún viven célticos arneses,	7
querría de mi amor satisfaceros debido al vuestro, pero exceso tanto más parece que amaros ofenderos.	8
[...]	
Aquí paso la vida, que me esfuerza el haber conocido mi fortuna sin que la senda a mis costumbres tuerza.	57
Si bien no me será tan importuna, después que la venció la ilustre mano para quien no valió defensa alguna.	58
¡Oh, magnánimo Príncipe, que, humano, las musas favoreces, digno efeto de tu valor y ingenio soberano!	59
Finalmente su honor, su luz, su objeto y su restaurador con premio anima	60

sabio, piadoso y príncipe discreto.	
Yo pienso que tuviera más estima	61
si en su tiempo la Historia pretendiera,	
aunque no la tener no me lastima.	
Era tan benemérito Cabrera	62
como lo dice su famosa <i>Historia</i> ,	
que con los tiempos igualarse espera.	
Mas no merecerá menos memoria	63
Francisco de Rïoja, ingenio raro,	
del Betis andaluz corona y gloria,	
que no hallarán en él menos amparo	64
que ha dado a las corónicas de España	
Prudencio, en letras y virtudes claro.	
Mas viendo yo que la elocuencia estraña	65
adorna sus mentiras historiales,	
con cuyo afeite la ignorancia engaña,	
y que nuestra verdad, nuestros anales	66
alaban, si fue justo, al enemigo,	
y que en toda ocasión están neutrales,	
leyendo al arzobispo don Rodrigo,	67
a Cartagena, a Antonio y a Girona,	
de la pura verdad tan casto amigo,	
a Illescas, a Zurita en la Corona	68
de Aragón, al doctísimo Mariana,	
que la patria, si yerra, no perdona,	
y que en la pura lengua castellana	69
de Gil González de Ávila tenemos	
presente esta verdad patente y llana,	
y que, sin declinar a los extremos,	70
venera esta virtud el docto Bavia,	
con quien su patria y nuestra engrandecemos;	
y veo de qué suerte nos agravia	71
la estraña pluma, la parcial malicia,	
la historia cautelosa cuanto sabia,	
y tan atropellada la justicia	72
por los historiadores estrañeros	
por pasión, por envidia y por codicia,	
y que Nerones bárbaros y fieros	73
del que ya es mercader, no coronista,	

compran el ser Trajanos con dineros, dejo de buena gana la conquista desta plaza de España, que otros gocen, y desde aquí la doy a letra vista.	74
Que los poetas la verdad rebocen de cosas verisímiles es justo, y, cuando no, ya todos los conocen.	75
Mas, ¿a quién no dará mortal disgusto un extranjero historiador hablando de Felipe Segundo, siempre agosto, que, las guerras de Flandes dilatando, elocuente y retórico, mintiendo, con artificio vil le está culpando, y un fiero calvinista engrandeciendo, que le pagó muy bien lo que escribía, está calificando y prefiriendo?	76
La duquesa de Parma, que podía regir dos mundos, Délbora famosa, con invenciones reprehender porfía; y al duque de Alba, digno en verso y prosa de ser, como lo es, eterno al mundo, quiere quitar la palma vitoriosa.	77
Pues en el siglo desta edad segundo, ¿quién no creerá que el Franchi Conestagio dijo verdad? Luego en verdad me fundo.	78
¿Qué lengua, pues, de venenoso ragio o trífido escorpión será tan fiera?, ¿qué régulo crüel?, ¿qué áspid selvagio?	79
¡Oh, España, siempre a todos verdadera! ¡Oh, siempre a todos justa envidia, España! Mas no es del Franchi la maldad primera.	80
Como si fuera bárbara y estraña la nación portuguesa, cuya gloria por cuanto mira Febo y Tetis baña, merece por hazañas la memoria que le dará la fama eternamente, quita el honor en otra falsa <i>Historia</i> ,	81
Pues, quien por interés escribe y miente, y del anabatista y luterano	82
	83
	84
	85
	86

- político defiende lo que siente,  
¿por qué se llama historiador cristiano 87  
y quiere desdorar —que no es posible—  
las grandezas de un Rey tan soberano?
- Oficio finalmente en quien visible 88  
se ve el odio, el amor y la venganza,  
donde es la fama próspera vendible.
- Téngale quien quisiere, que no alcanza 89  
a España esta bajeza y osadía,  
que en la verdad es digna de alabanza.
- Pensando deshacer su monarquía, 90  
hay escritor en Francia tan osado  
que niega la vitoria de Pavía,  
fuera de aquel estilo tan cansado 91  
de andarse unos a otros desmintiendo  
sobre lo que ha mil años que ha pasado.
- Y el Jovio nuestra España maldiciendo, 92  
honrando al turco, que le daba el oro,  
el premio a la verdad anteponiendo.
- Pues si al heresiarca, al turco, al moro 93  
alaba el interés o el odio infame,  
perdiendo a las verdades el decoro,  
el Franchi, el Jovio historiador se llame, 94  
y yo os escriba a vos estos tercetos,  
donde ningún agravio me desame.
- Mi huertecillo me dará concetos 95  
sacados de las frutas y las flores,  
de la contemplación dulces efetos.
- Ya es tiempo de recelos y temores, 96  
no de humanos favores, que ya es tarde,  
ni tengo yo fortuna de favores.
- Hacen alto los años, y el alarde 97  
de tantos pensamientos engañados  
a la vista del fin paró cobarde.
- Las grandezas de prósperos estados 98  
no son el mayor bien; si hay bien alguno,  
gozaranle los menos ocupados.
- No he visto alegre de su bien ninguno... 99  
Mas perdonad tan largas digresiones,

que ya debo de seros importuno.

#### OBRAS CITADAS

- ÁLVAREZ Y BAENA, José Antonio, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico*, vol. III, Madrid, Benito Cano, 1790.
- ANDRÉS MARTÍN, Melquíades, «Corrientes culturales en tiempo de los Reyes Católicos y recepción de Erasmo», en *El erasmismo en España. Ponencias del coloquio celebrado en la Biblioteca de Menéndez Pelayo del 10 al 14 de junio de 1985*, ed. de M. Revuelta Sañudo y C. Morón Arroyo, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1986, págs. 73-95.
- ARANDA, María, «Paratexto y paternidad. La dedicatoria a *El verdadero amante* (Parte XIV de las comedias de Lope de Vega)», en *Paratextos en la literatura española (siglos XV-XVIII)*, ed. de María Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Moner, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, págs. 111-117.
- BERSHAS, Henry N., «Lope de Vega and the Post of Royal Chronicler», *Hispanic Review*, 31, 1963, págs. 109-117.
- BLECUA, José Manuel, ed., Lope de Vega, *Obras poéticas*, Barcelona, Planeta, 1969.
- CARREÑO, Antonio, ed., Lope de Vega, *Poesía, IV (La Filomena, La Circe)*, *Obras completas de Lope de Vega*, vol. 39, Madrid, Biblioteca Castro, 2003.
- CASAS NADAL, Montserrat, «Sobre la difusión de *L'unione del regno di Portogallo a la corona di Castiglia* de Conestaggio (1585). Con la edición de una nueva versión manuscrita desconocida del prólogo a la segunda edición (1598)», *Epos*, 23, 2007, págs. 197-220.

- CASE, Thomas E., *Las dedicatorias de las «Partes» XIII-XX de Lope de Vega*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1975.
- CONDE PARRADO, Pedro, «Los *Epitheta* de Ravisius Textor y la *Picta poesis Ovidiana* de Niklaus Reusner en la *Jerusalén conquistada* y en otras obras de Lope de Vega», *Anuario Lope de Vega*, 23, 2017, págs. 366-421.
- y Xavier TUBAU MOREU, «*Expostulatio Spongiae*» en *defensa de Lope de Vega*, Madrid, Gredos-Prolope, 2015.
- CUART MONER, Baltasar, «La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI», en *La construcción de las historias de España*, ed. de Ricardo García Cárcel, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos y Marcial Pons Historia, 2004, págs. 45-126.
- , «Escribir libros de historia. Algunas reflexiones sobre juristas historiadores durante el siglo XVI», en *Juristas de Salamanca, siglos XV-XX* ed. de S. de Dios, J. Infante y E. Torijano, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, págs. 81-110.
- ERSKINE, Caroline y Roger A. MASON, eds., *George Buchanan. Political Thought in Early Modern Britain and Europe*, Londres y Nueva York, Routledge, 2016.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan*, ed. de S. Fabregat Barrios, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006.
- FERRER VALLS, Teresa, «Lope de Vega y la dramatización de la materia genealógica (I)», *Cuadernos de Teatro Clásico, Teatro cortesano en la España de los Austrias*, ed. de José María Díez Borque, 10, 1998, págs. 215-231.
- GACTO, Enrique, «Censura política e Inquisición: la *Historia Pontifical* de Gonzalo de Illescas», *Revista de la INQUISICIÓN*, 2, 1992, págs. 23-40.

- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, «Introducción» en *La construcción de las historias de España*, ed. de Ricardo García Cárcel, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos y Marcial Pons Historia, 2004, págs. 13-44.
- GARCÍA HERNÁN, Enrique, «Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII», en *La construcción de las Historias de España*, ed. de Ricardo García Cárcel, Madrid, Fundación Carolina y Marcial Pons Historia, 2004, págs. 127-194.
- GONZÁLEZ DÁVILA, Gil, *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas*, Madrid, Francisco Martínez, 1635.
- , *Teatro eclesiástico de la santa iglesia de Oviedo*, Madrid, Pedro de Horna y Villanueva, 1647.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín, *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1943, vol. IV.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael, «El mito gótico y la utopía de España (como nación)», en *Utopía en Literatura y en la Historia* ed. de F. Carmona Fernández y J.M. García Cano, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, págs. 179-195.
- GUILLÉN, Claudio, «Las epístolas de Lope de Vega», *Edad de Oro*, 4, 1995, págs. 161-177.
- , «Para el estudio de la carta en el Renacimiento», en *La epístola*, ed. de Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, págs. 101-127.
- HINOJO Andrés, Gregorio, *Obras historiográficas de Nebrija. Estudio filológico*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.
- KAGAN, Richard, *Los cronistas y la corona. La política de la historia en España en la edades Media y Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons, 2010.

- LÓPEZ BUENO, Begoña, ed., *La epístola*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.
- LÓPEZ LÓPEZ, Raúl, ed., Pedro de Valencia, «Sobre las Guerras de Flandes de Jerónimo Conestaggio», en Pedro de Valencia, *Obras completas, VI. Escritos varios*, coord. de J.M. Nieto Ibáñez, León, Universidad de León, 2012, págs. 575-613.
- MANUPELLA, Giacinto, «Ieronimo de Franchi Conestaggio, *gentilhuomo genovese*», en *Miscelânea de estudos em honra do prof. Hernâni Cidade*, Lisboa, Universidade de Lisboa, 1957, págs. 216-287.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega, IV, Crónicas y leyendas dramáticas de España (continuación)*, Santander, CSIC, 1949.
- , *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega, VI, Crónicas y leyendas dramáticas de España (conclusión) y comedias novelescas*, Santander, CSIC, 1949.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B., «Ecos de Alcazarquivir en Lope de Vega: *La tragedia del rey don Sebastián* y la figura de Muley Xequé», en *El siglo XVII hispanomorroquí*, ed. de M. Salhi, Rabat, Universidad Mohammed V, 1997, págs. 133-146 [reeditado en R. Castilla Pérez y M. González Dengra, eds., *Teatralización de la historia en el Siglo de Oro español. Actas del III Coloquio del Aula-Biblioteca «Mira de Amescua», celebrado en Granada del 5 al 7 de noviembre de 1999 y cuatro estudios clásicos sobre el tema*, Granada, Universidad, 2001, págs. 591-605].
- PINEDA, Victoria, «Un capítulo de historiografía humanista: los veinte preceptos para el arte de la historia de Jodocus Badius Ascensius», en *La escondida senda. Estudios en homenaje a Alberto Blecuá*, ed. de E. Fosalba y G. Pontón Madrid, Castalia, 2012, págs. 85-119.
- , «‘Evidentísimas causas y muy claras razones’: Valdés, Erasmo y la *copia rerum*», en *Diálogo y censura en el siglo XVI (España y Portugal)*, ed. de A. Vian, M.J.

Vega y R. Friedlein, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2016, págs. 146-158.

PONTÓN Gijón, Gonzalo, «Prólogo» a su edición de Lope de Vega, *El bautismo del príncipe de Marruecos*, en *Comedias. Parte XI*, ed. de L. Fernández y G. Pontón Gijón, Madrid, Prolope-Gredos, 2012, tomo II, págs. 793-821.

PRESOTTO, Marco, «Apuntes sobre el soneto 'La calidad elemental resiste' y *La dama boba*», *Anuario Lope de Vega. Texto, literatura, cultura*, 19, 2013, págs. 204-216.

REDONDO, Augustin, «Las diversas caras del tema gótico en la España de los siglos XVI y XVII», en *Revisitando las culturas del Siglo de Oro: mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, págs. 49-62.

RIVERS, Elias L., «The Horatian Epistle and Its Introduction into Spanish Literature», *Hispanic Review*, 22.3, 1954, págs. 175-194.

ROMANOS, Melchora, «Felipe II en la *Tragedia del rey don Sebastián y el bautismo del Príncipe de Marruecos* de Lope de Vega», *Edad de Oro*, 18, 1999, págs. 177-191.

RYJIK, Veronika, *Lope de Vega en la invención de España. El drama histórico y la formación de la conciencia nacional*, Woodbrige, Tamesis, 2011.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, *Lope pintado por sí mismo. Mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio*, Londres, Tamesis, 2006.

—, *Leyenda negra. La batalla sobre la imagen de España en tiempos de Lope de Vega*, Madrid, Cátedra, 2016.

SANZ AYANZ, Carmen, «Reproches de ida y vuelta. Opiniones recíprocas hispano-genovesas en el Siglo de Oro, en *España ante sus críticos: las claves de la Leyenda*

*Negra*, ed. de Yolanda Rodríguez Pérez, Antonio Sánchez Jiménez y Harm den Boer, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2015, págs. 231-254.

SIEBER, Harry, «Teoría y práctica del discurso historiográfico: *Felipe II, rey de España* (historia escrita por Luis Cabrera de Córdoba)», *Edad de Oro*, 18, 1999, págs. 207-214.

SOBEJANO, Gonzalo, «La digresión en la prosa narrativa de Lope de Vega y en su poesía epistolar», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach, (con motivo de sus XXV años de docencia en la Universidad de Oviedo)*, vol. II, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1977, págs. 469-494.

—, «Lope de Vega y la Epístola poética», en *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, ed. de M. García Martín Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, vol. I, págs. 17-36.

TATE, Robert B., *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, trad. de J. Díaz, Madrid, Gredos, 1970.

TUBAU, Xavier, «Poesía y filosofía en *La Circe* de Lope de Vega», *Anuario Lope de Vega*, 7, 2001, págs. 127-164.

VAN PRAAG, J.A., «Más noticias sobre la fuente de *El Gran Duque de Moscovia* de Lope de Vega», *Bulletin Hispanique*, 39.4, 1937, págs. 356-366.

VEGA, Lope de, *Obras poéticas I*, ed. de J.M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1969.

—, *Poesía, IV (La Filomena, La Circe)*, *Obras completas de Lope de Vega*, vol. 39, ed. de A. Carreño, Madrid, Biblioteca Castro, 2003.

VILLA PRIETO, Josué, «La ideología goticista en los prehumanistas castellanos: Alonso de Cartagena y Rodrigo Sánchez de Arévalo. Sus consideraciones sobre la

unidad hispano-visigoda y el reino astur-leonés», *Territorio, sociedad y poder*, 5, 2010, págs. 135-145.

WRIGHT, Elizabeth, «Entre épica y picaresca: la *Jerusalén Conquistada* de Lope de Vega», en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Nueva York, 16-21 de julio de 2001)*, ed. de I. Lerner, R. Nival y A. Alonso Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2004, vol. II, págs. 589-594.

ZIMMERMANN, T.C. Price, *Paolo Giovio. The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1995.